

consagraban mas de mil meretrices á la madre de los amores, ¿por qué en Roma habia de haber vestales? Nadie queria ya serlo, y no se encontraba quien mantuviera el fuego sagrado. Pero en cambio las madres llevaban á sus hijas á las fiestas Lupercales, asistían con ellas á las danzas impúdicas de Flora, y las acompañaban al teatro á ver representar con demasiada realidad los amores lascivos de Pasifae. En cambio las doncellas llevaban Priapos colgados al cuello, y las cortesanas ostentaban su desnudez en los combates de los gladiadores, y exigían que estos escogieran para morir las posturas mas lúbricas. Así se formaron aquellas Mesalinas, aquellas Lépidas, y aquellas Julias, cuyas obscenidades y cuyos delitos dejamos á los poetas de aquel tiempo que los celebren.

No eran solos el sensualismo y la lascivia los que contaban con protectores en el Olimpo, ni solos los altares de Vénus, de Adonis y de Priapo los que tenían adoradores. A ningún vicio le faltaba su divinidad, incluso el homicidio y el robo. Hasta la hipocresía era pedida á los dioses como una virtud. *Hermosa Laverna*, decía Horacio (1), *enseñame el arte de engañar, y concédeme parecer justo y sensato*. Los templos de la Piedad, de la Castidad, de la Concordia, de la Virtud y del Honor, estaban ó olvidados ó desiertos; los votos y las ofrendas se colgaban en el de *Júpiter Prædator*, para que les fuese propicio en sus latrocinios. No extrañamos que Ciceron y los hombres ilustrados de su tiempo se burlaran ya públicamente de aquellas divinidades, avergonzados de lo absurdo del politeísmo, pero no encontraban un dios que pudiera estar libre de caer en aquel descrédito. No se halló, como veremos luego, otra cosa que oponer al desautorizado paganismo, que una filosofía ineficaz.

Si la idolatría favorecía la corrupción, no la fomentaba menos la organización política del estado. El imperio romano era un gigante que tenía abrazada la mitad del mundo con un círculo de hierro. Nunca se habia extendido tan lejos la opresión de la familia humana, nunca se llevó tan adelante el desprecio de la humanidad, y nunca se vieron tantas miserias, egoísmo tan universal, relajación tan absoluta de los vínculos sociales. «El despotismo de los emperadores, dice un ilustre escritor, parece haber sido permitido para dar al mundo un ejemplo de los excesos á que la embriaguez del poder absoluto puede conducir á los hombres.» ¿Necesitaremos recordar la execrable depravación de ese catálogo de monstruos imperiales que tuvieron encadenado el mundo, que mataban á sus semejantes por recreo, que amaestaban á las fieras en el arte de devorar hombres, que gozaban en los espectáculos viendo la presteza con que los leones engullían esclavos, ó prisioneros, ó mujeres, ó conspiradores denunciados, y que se saboreaban en las mesas con las lampreas cebadas en sus estanques con carne humana? Lo que parece sorprender mas es que hubiera un pueblo tan sumiso que tolerara tan abominables monstruos y tan horribles monstruosidades. Pero armados ellos con la terrible ley que establecía el delito de lesa majestad, autorizando y premiando los delatores, provistos de numeroso espionaje á que se prestaba grandemente un pueblo de mucho tiempo atrás corrompido, ellos podían deshacerse fácilmente de todo ciudadano que pudiera hacerles sombra, ó cuyos bienes codiciaran, y los especuladores y traficantes en delaciones les surtían abundantemente de victimas, y á trueque de ganar un premio, importábalos poco llevar familias enteras á los suplicios ó ejecutar por sí mismos cuantos asesinatos les fuesen ordenados.

Por otra parte, ¿qué sentimiento de dignidad, de pensamientos nobles podía haber en la inmensa mayoría del pueblo romano, pobre, abyecta, deprimida, degradada por la ley, no acostumbrada al trabajo, despojada de toda garantía social y acostumbrada á vivir de limosnas que á título de distribuciones le daban los príncipes, ó á merced de un pequeño número de ricos á quienes tenía que adular y servir? Porque ¿qué era el imperio romano? Una agregación de ciento veinte millones de pobres ó de esclavos, al servicio de diez millares escasos de opulentos. Porque allí no existía esa clase intermedia, que es el alma de las sociedades, esa clase de libres cultivadores, y

(1) Epist. XVI, lib. I.

de talentos independientes, esa que hoy denominamos clase media, donde suelen residir la ilustración y la virtud. No habia mas que un número inmenso de miserables que se morían de hambre, al lado de unos pocos que nadaban en la opulencia y en el lujo, que gastaban en un banquete lo que hubiera bastado para alimentar en un mes una provincia entera (2), y cuyos criados se contaban por millares (3). Plinio menciona un ciudadano, que despues de lamentarse de las pérdidas que habia sufrido durante las guerras civiles, dejó al morir cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil seiscientos pares de bueyes, doscientas cincuenta mil cabezas de ganado, y sesenta millones de sestercios sin contar las tierras (4). Patricios habia que poseían mas vasallos que súbditos algunos monarcas.

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cosa*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La mas ligera falta, el mas leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podía matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos ó abandonados como muebles inútiles. La mas remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura; y la legislación prescribía los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se habia convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veintidós días, en cuyo espacio morían en la arena diez mil gladiadores, ¿podía tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejercíase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mujeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la unión á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á hacer del matrimonio una vergonzosa prostitución. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una mujer que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Jerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésimaprimer esposa, la cual á su vez habia tenido veintidos maridos. Júzguese cuál debería ser la educación de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecían antes de nacer, ó los dejaban abandonados, exponiéndolos en la vía pública.

En ayuda de una religion y de una legislación que así autorizaban la tiranía y la esclavitud, y que así conducían á la disolución de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, transportada de Grecia, con sus doctrinas de egoísmo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoísmo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molición y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer, aun atestigüándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Calígula hizo guarnecer de perlas las proas de las galeras de cedro en que costeó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas

(2) Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio, gastó en una noche con solo doce convidados, la enorme suma de seis millones de sestercios. Fué memorable aquella cena en los fastos de la gastrofomía. Jul. Capit. in Vero, cap. V.

(3) *Familiarum numerum et nationes* los llama Tácito. Annal. lib. XI. — Plinio dice que era necesario un *nomenclator* para conocerlos y llamarlos; y Ateneo, que habia quien poseía quince ó veinte mil. Dignos. lib. VI.

(4) Citado por Cantú, Hist. Universal, Epoca VI, cap. V.

adornaba Neron los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se evaluaba en cuarenta millones de sestercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenía una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molición y de la afeminación: las ricas matronas, además de la multitud de mujeres que en su tocador empleaban, hacían gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunuocos, de galanteadores y rufianes, y de otros viles servidores de la prostitución. De Neron dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popea tal copia de bálsamos exquisitos que toda la Arabia no podría producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pié y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasión en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los ungüentos por el vestíbulo y graderías del teatro.

Nada hay, sin embargo, que represente el desarreglo, el estrago, la locura á que habian llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripción que hace Lampridio de la vida de Eliogábalo. «Alimentaba, dice, á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar, con sesos de faisanes y de tordos, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus leones papagayos y faisanes. El comía carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas.... Un día ofreció á sus parásitos el ave fenix, y á falta de ella mil libras de oro.... Eliogábalo (dice el mismo historiador) nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los mas exquisitos, y hacia derramar el nardo á calderadas.... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas: nunca usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sortija ni la misma túnica: no conoció jamás dos veces una misma mujer. Los almohadones en que se acostaba llenábanse con una especie de vello de pluma de las alas de las perdices. A un carro de oro embutido de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), uncía dos, tres y cuatro mujeres hermosas con el seno descubierto, y hacia que le arrastrasen en su carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos sembrados de lentejuelas de oro, como el Sol conducido por las Horas (1).» No sabemos cuál irrita mas, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravación de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los perversos patricios de su misma relajación, en la plebe de la imitación y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la superstición y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupción en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿á qué conducía el estoicismo? ¿á qué guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. «Si no podeis soportar tanta disolución, si os desesperan los males de la humanidad, les decía Séneca, *suicidaos*.» La escuela estoica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fria insensibilidad, con la impasibilidad del fanatismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentía la humanidad sino destruyéndola. Sabían los estoicos morir y no sabían vivir. Elogiábase mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado á muerte por Calígula, y como se hallase jugando á las damas

(1) Lamprid. Hist. August. in Vit. Heliog.

cuando entró el centurion á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *Aguardad un poco, voy á contar los peones*. ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? ¿Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba mas vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello habia, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupción nueva en vez de corregir la corrupción antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendía al vulgo, que no entendía la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacía cometer ó crueldades ó extravíos; echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Había una necesidad de creer, y nadie creía: habia una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeísmo habia recorrido todas sus fases, y se encontraba desacreditado: se recurría á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban mas, y las otras eran ineficaces para contener la desmoralización. Necesitábase una revolución general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente. En un rincón de la Judea habia nacido el que tenia la misión divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad y de justicia.... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no solo en las obras, sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria habia sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista; se habia declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y además al embrutecimiento intelectual y moral, vivía sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo; la paz universal es proclamada, y quedan extinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende todo á inspirar horror á la efusión de sangre.... Véase aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinación de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, opuesto á los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas á otras se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo, y el mundo oyó por primera vez: *No hay mas que un solo Dios verdadero*. Habían pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: *Todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos*; hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les habia escapado. A los tiranos les dijo: *Todos los hombres son iguales ante Dios*; y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: *Todos los hombres son libres*; y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: *Los goces materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo mas elevado y noble que la materia y el cuerpo; y á los estoicos: No os suicideis, porque el disponer de vuestra vida le toca solo á Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida mas allá de este mundo; y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: *Bienaventurados los humildes*; y los consoló. Y á los ricos: *La mayor de todas las virtudes es la caridad*. Los sabios habian ignorado el medio de contener la corrupción universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la mujer compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo á la mitad del género humano. No habia salido doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platon.*